

El Mojón

Categoría de adultos

Mariano paseaba alrededor de las eras que serpenteaban circundando el pueblo, entre fincas de cereal, caminos polvorientos que no conducían a ninguna parte y fanegas a las que el éxodo rural había condenado a un eterno barbecho. Un sol de justicia achicharraba los colores del paisaje y provocaba que la frente de Mariano, craquelada con un sinfín de arrugas, que cruzaban su frente como rodadas de tractor, se decorase con un sinnúmero de gotas brillantes de sudor que, al descender, hallándose con la infranqueable barrera de sus tupidas cejas, no precisaban ser enjugadas.

Al final del camino de Valdehormilla, el que tiraba para Castilseco, divisó a Trifón, otro de los pocos habitantes de Villapenas del Olmo; el pueblo en el que a medida que el censo disminuía, el camposanto engrosaba su populacho, sin que nuevas generaciones trataran de evitar la muerte de una villa, tan decadente como todos los ancianos que la habitaban. Parecía Trifón ensimismado en la contemplación de un grueso guijarro marrón; quizá un mojón de vaca o un terrón de tierra profunda con pigmentos férreos, quién sabe. Lo que le resultaba curioso a Mariano era la forma en la que Trifón, aquietado a unos metros del irregular despojo, lo miraba con detenimiento. Como si nunca hubiera visto una mierda seca de vaca en mitad de un camino.

—Buenas tardes, Trifón —canturreó, llegándose hasta donde su vecino contemplaba anonadado, lo que a su parecer no era sino una boñiga como tantas otras.

El interpelado continuaba en silencio, sin atender a su presencia, absorto en la contemplación de tan absurda excreción.

—Tremendo mojón —sumó Mariano, dispuesto a sacar a Trifón de su escatológico distraimiento.

—Son alacranes —respondió Trifón, expeditivo y sin apartar la vista del extraño gurruño.

Mariano, apostado junto a Trifón, se inclinó hacia delante, plisando el ceño por encima del puente de la nariz, mientras escrutaba la orografía de lo que seguía pensando que no era sino un excremento bovino.

—Es mierda —atajó.

Por primera vez desde que se encontraran en el polvoriento cruce de caminos, Trifón dejó de mirar el hallazgo para volcar su atención en Mariano.

—Es una bola de alacranes —rebatió—. Se colocan de esa manera para mimetizarse con el entorno.

—No te lo crees ni tú. ¿Para qué diantres querrían hacer eso? Además, los pocos escorpiones que hay en esta región son más amarillentos.

—Lo hacen para que las aves crean que es un excremento y que cuando bajen, para alimentarse de los insectos que se abastecen de las boñigas, poder atacar al pajarraco en cuestión y devorarlo con calma —conjeturó, devolviendo la vista al elemento en cuestión. Mariano guardó silencio durante unos segundos. Miró, ora al mojón, ora a Trifón, ora al cielo, ora al mojón.

—Eso no es más que una mierda de vaca —decretó, con aún mayor seguridad.

Trifón infló los orificios nasales y exhaló con ellos con fuerza. Apretó los labios y asintió con la cabeza, antes de acercarse a lo que él determinaba que era una amalgama de alacranes y su vecino, una simple cagarruta.

—Espero tus disculpas de inmediato —dijo, mientras golpeaba ligeramente con la punta de la bota el objeto en cuestión, zarandeándolo levemente.

Con una velocidad y agilidad extraordinarias, media docena de alacranes se separaron del conjunto y ascendieron con velocidad por la bota de Trifón y más tarde por sus pantalones bombachos. El anciano, consciente de que las picaduras de la media docena de alacranes, si bien no le provocarían la muerte, sí que le inducirían unas fiebres altas, además de diarreas y toda suerte de padecimientos, comenzó a correr hacia el pueblo, saltando y golpeándose las perneras del pantalón, mostrando una forma física envidiable. Ese tipo de agilidad que sorprende incluso al que la atesora y que solo parece sacarse a la luz en situaciones extraordinarias, como era librar el enfervorecido ataque de aquellos seis alacranes o al menos llegar a tiempo a casa del boticario, para que le diera con premura los ungüentos necesarios para aliviar las consecuencias de sus picotazos.

Mientras eso sucedía, Mariano lo observaba marchar apoyado sobre su bastón de fresno, mientras asentía con un ademán lento de cabeza.

—Joder, pues sí que son alacranes —afirmó, ya perdido Trifón en el horizonte y de su vista, aunque la bochornosa brisa del atardecer arrastraba ciertos gritos, similares a gañidos de perro, que aventuró al hallazgo, por parte de alguno de esos alacranes, de las partes blandas de las piernas de Trifón.

Ya en soledad, Mariano se dedicó a contemplar el insólito catafalco que el resto de alacranes formaba agrupado de tal manera, que ni siquiera unas pequeñas pinzas o el ribete de su aguijón trasero, asomaban del deforme gurrño que la agrupación de

alacranes componía. Barruntaba, mientras escrutaba la masa amorfa, sobre la cantidad de pequeños alacranes que podía haber. Quizá no menos de un par de docenas. Al parecer la conjetura sobre el porqué de que se agrupasen de ese modo y que tan sabiamente le había detallado Trifón, era del todo plausible.

—¿Qué miras, Mariano? —dijo una voz repentinamente a su costado, consiguiendo que se sobresaltara, aunque en ningún momento dejó de mirar el compacto grupo de alacranes que tenía ante sí y del que seis antiguos miembros aún rondarían entre los pliegues de las perneras de Trifón.

Mariano señaló con el dedo los alacranes, sin prestar atención a Rogelio, el compañero de mus con el que solía echar las partidas los jueves y los sábados en la taberna de Luisín.

—Alacranes —sentenció Mariano con voz queda.

Rogelio arrugó la frente, se inclinó levemente y después miró a su amigo entre extrañado y divertido.

—Eso es un mojón —replicó con seguridad.

—No, son alacranes.

—Eso es la boñiga de una vaca, como hay Dios —aseveró Rogelio.

Mariano se irguió, miró a Rogelio con dureza y después, lentamente, caminó hasta alcanzar el motivo de disputa, colocando la puntera de su calzado junto al compacto bloque de alacranes.

—Espero que cuando te lo demuestre me pidas disculpas de inmediato —decretó, un momento antes de, con la punta de una de sus botas camperas, mover levemente el gurrño y observar cómo varias pinzas y otras tantas patas amarillentas, comenzaban a agitarse de forma nerviosa y veloz...